

Estos peligros y trabajos considerados por sí solos, serian capaces de desalentar al hombre mas animoso; pero sirven de tanto consuelo los frutos que resultan de ellos, que todavía parece poco lo que cuestan. El menor número de almas que gana un misionero á Jesucristo en esta penosa mision, es un millar cada año. El padre Bouchet, en el discurso del año 1699 bautizó dos mil, y en un solo dia trescientos; de suerte que no pudiendo ya levantar los brazos, fue preciso sostenérselos. En los cinco últimos años del mismo siglo bautizó mas de once mil, y mas de veinte mil en los doce años, con corta diferencia, que llevaba de estar en aquella mision. El número de confesiones que oyó pasaba seguramente de cien mil. Cuidaba de treinta iglesias pequeñas, que comprendian como unos mil cristianos cada una; y la iglesia entera de Maduré tenia ya entonces mas de ciento y cincuenta mil.

Y no se crea que estas conversiones se hacen á la ligera, pues no se concede el bautismo á los indios hasta despues de tres ó cuatro meses de instrucciones, acompañadas de las pruebas mas rigurosas. Una vez que llegan á ser cristianos, viven como ángeles; y la iglesia de Maduré es una imágen casi tan fiel de la primitiva Iglesia, como era la del Paraguay. Sucede algunas veces oír las confesiones de muchos pueblos, sin hallar ninguna alma manchada con un pecado mortal. Se engañaria el que creyese que esta inocencia es solo aparente, y efecto de la ignorancia ó de la vergüenza de confesar los pecados; porque aquellas

gentes se acusan con la escrupulosidad de una religiosa timorata, y con todo el candor de la infancia.

Al principio cuesta mucho trabajo persuadir la verdad del Evangelio á los indios de las castas nobles, los cuales están muy encaprichados con su ciencia supersticiosa; pero cuando llegan á comprender bien el crimen y la estravagancia de la idolatría, son los fieles mas firmes y los mas fervorosos. Tambien cuando se arraiga la fe en cierto número de personas de una casta, es bastante fácil reducir á los demás, y hay tribus tan amables y tan dóciles, como los rettis y los ambalagarrenos, que basta instruirlos para que sean perfectos cristianos.

45. En general, los indios de lo interior del país no tienen casi ninguno de los obstáculos que se oponen á la conversion de los otros pueblos. Carecen de todo trato con los europeos, cuyas violencias y desórdenes han disfamado el cristianismo en las Indias. Su vida es sumamente frugal: no comercian, y están contentos con lo que les dá la tierra para alimentarse y vestirse: aborrecen la embriaguéz, y se abstienen de todo licor capaz de embriagar: no son aficionados al juego: miran con aversion el juramento, los ímpetus de furor, y mucho mas el homicidio: son naturalmente cariñosos, compasivos, serviciales, limosneros y dativosos, en lo cual hacen ventaja á los europeos, si se atiende á las cortas facultades de aquel pueblo, reducido por culpa del gobierno á la mayor indigencia, viviendo en el país mas rico: por último, es muy

rara entre ellos la poligamia, pues solo los grandes tienen muchas mugeres.

46. Cuando sobreviene la gracia del bautismo á estas felices disposiciones, causa admiracion la inocencia con que viven aquellos neófitos, y el estremado horror que tienen al pecado (1). Aunque por la mayor parte solo llevan pecados leves que confesar, es extraordinaria su compuncion. Al convertirse están muy persuadidos de que la vida cristiana debe ser una vida santa; y les parece un mónstruo el cristiano que se abandona al pecado. Preparando el padre Bouchet á un recién convertido para confesarse algunos meses despues de haber recibido el bautismo, le esplicó el modo con que debia acusarse. Al principio creyó el neófito que se le hablaba de los pecados que hubiese cometido antes del bautismo, para que concibiese mayor horror de ellos; pero luego que se hizo cargo de que se trataba de reincidencia: „ ¡pues qué! padre mio (dijo muy sorprendido y casi escandalizado), ¿es posible que un hombre sea tan infeliz que viole la ley de Dios, despues de haber sido favorecido con sus gracias? ¿y que sea tan ingrato que ultrage á aquel de quien las recibió? ” A pesar de su pusilanimidad natural, son firmísimos en la fe (2). Apenas son capaces de tener ninguna duda sobre este punto, y si se les hace alguna pregunta, es necesario usar de la mayor circunspeccion. Ha habido entre ellos quien se formalizaba en extremo de que se le preguntase si

(1) *Cart. Edif. t. 13. p. 56.* (2) *Ibid. p. 61.*

habia dudado de alguna verdad de las que son necesarias para salvarse; pareciéndole que era cosa horrible tener la menor duda acerca de la palabra de Dios y del testimonio de su Iglesia. Si sucede que algunos de ellos titubean en las persecuciones, es únicamente efecto de temor; y su infidelidad, que sin duda es siempre culpable, nunca pasa de la clase de esterna. ¡Pero cuántos hay que, á pesar del mucho influjo que tiene el miedo sobre ellos, resisten á todos los tormentos y suplicios!

Lo que principalmente contribuye á sostener su fe tan viva y su vida tan pura, es la puntualidad con que asisten á la oracion, y la fidelidad con que, aun en las habitaciones mas distantes, practican los piadosos y frecuentes egercicios que se acostumbran en los lugares donde residen los misioneros. Nunca dejan de concurrir los que están cerca de las misiones, y aun á los que están léjos se les hace muy corto el camino, por el deseo que tienen de oír la palabra de Dios y de recibir el pan de los ángeles. Un anciano, entre otros, un hombre de mas de sesenta años de edad, término de la decrepitud entre los indios, no dejaba de asistir á la iglesia ninguna fiesta ni domingo, por mucho que lloviese, ó por excesivo que fuese el calor, aunque tenia que hacer un viage de cinco leguas. Todos los dias de la semana reúne el misionero por mañana y tarde á los fieles de todas edades, para la oracion y las instrucciones que duran mucho tiempo. En lo demás del día, desde que dicen la misa hasta el anochecer, ó enseñan el catecismo á los

niños, ó instruyen á los catecúmenos, en las horas en que no están ocupados en oír confesiones, las cuales son muy frecuentes. Refiere el padre Martín, que en cinco meses que pasó en la mision de Aour, solo hubo cuatro dias en que los misioneros no tuvieron que confesar. El padre Bouchet, fundador de esta floreciente mision, tuvo el mismo consuelo que San Gregorio de Neocesaría, el cual no habia hallado mas que diez y siete cristianos en esta ciudad, y solo dejó en ella diez y siete infieles. En la numerosa poblacion de Aour, que era toda idólatra cuando llegó el padre Bouchet, no dejó mas que dos ó tres familias de gentiles. Cuando los misioneros están muy ocupados en oír confesiones, presiden los santos egercicios los catequistas ó los fieles antiguos, y por lo menos leen en algun libro piadoso.

Estas prácticas diarias son casi nada en comparacion de las de las fiestas y domingos, y principalmente de las festividades solemnes. Los egercicios del domingo son, con corta diferencia, los mismos que en los dias regulares; pero se repiten muchas veces á causa del gran gentío que concurre de parages muy distantes, y que no puede caber á un tiempo en la iglesia. Aunque se empiezan muy de madrugada, no se puede decir la misa hasta cerca del mediodia, y muchas veces sin haber acabado de oír el gran número de confesiones que es necesario diferir para otras horas. Estando ya el sacerdote próximo á subir al altar, se lee un breve método para asistir dignamente al santo sacrificio, y despues se cantan himnos

y cánticos hasta el tiempo de la comunión, en que se rezan en alta voz los actos que deben precederla y seguirse á ella. Luego se predica sin falta en estos dias á la puerta de la iglesia, para que puedan oírlo los que no cupieron dentro. Así sucede que antes de retirarse son siempre las dos ó las tres de tarde, y aun no queda todo concluido; pues por último es necesario terminar, ó por mejor decir, evitar las disensiones, conciliar las desavenencias, consolar á los afligidos, aliviar á los enfermos y á los necesitados, examinar los impedimentos del matrimonio y responder á las dudas ó á los escrúpulos de aquel buen pueblo, que se atemoriza con la sola sombra de pecado.

En las fiestas solemnes es mucho mayor el trabajo. Algunas hay para las cuales es menester prepararse ocho dias antes, porque de otro modo seria imposible dejar contentos á todos los que quieren confesar y comulgar. Por muy distantes que estén de sus iglesias aquellos fervorosos neófitos, todo lo abandonan para acudir á ellas en tales dias: dejan á sus vecinos el cuidado de sus casas, y se marchan con toda su familia. Hay quien se está allí todos los ocho dias, y aun mas. Nunca se retiran antes de haber acabado las cortas provisiones que llevaron. Los mas acomodados socorren las necesidades de los pobres, y hay parages en que se alimenta á éstos por vía de carga comun. Todos los dias se predica sobre el misterio que corresponde, y despues se sigue la oracion con varios egercicios piadosos. Se cantan himnos, se leen libros piadosos, y se dispone á los catecúmenos para

recibir el bautismo. Son tantas las confesiones, que despues de haber empleado en ellas los misioneros todo el dia y gran parte de la noche, apenas les queda tiempo para rezar el oficio divino. Cuando se encuentran dos ó tres juntos, celebran solemnemente el santo sacrificio; y no es posible explicar el gozo y la devocion que tienen entonces aquellos cristianos. Acuden tambien en gran número los gentiles, y manifiestan el mismo respeto que los fieles. Los llena de admiracion la magestad de nuestras ceremonias; y á todas las fiestas que se celebran con este aparato, se sigue siempre la conversion de muchos idólatras (1). El bautismo se administra principalmente en estos dias solemnes, en los cuales suele haber en Aour doscientos ó trescientos catecúmenos que le reciben con el mayor aparato. En Márava llegó el número de ellos á quinientos en un solo dia, y fue mayor algunas veces.

47. El venerable padre Juan de Britto, portugués, hijo de un virey del Brasil, y menos distinguido por su nacimiento que por sus trabajos y virtudes apostólicas, fue uno de los mas célebres misioneros de Maduré, á cuyo país se consagró con preferencia, como á la parte mas penosa de la viña del Señor (2). Toda la série de su vida correspondió á estas primicias, y fue al fin coronada con la palma del martirio. Benedicto XIV mandó espresamente que se trabajase en su canonizacion: lo que puede bastar, sin otra

(1) *Cart. edif. del P. Bouchet. t. 13. p. 60.*

(2) *Vid. del P. Britto.*

apología, para formar juicio del libelo escandaloso que se publicó con el objeto de impedirla. Todas las virtudes que constituyen á los santos y á los Apóstoles, brillaron sin interrupcion en la vida de este ilustre misionero: un valor invencible, una paciencia que triunfaba de todos los obstáculos, una severidad consigo mismo, que le obligaba á añadir todo género de maceraciones á los trabajos de una mision en que se sacrifica toda la naturaleza: una caridad con Dios y con el prógimo, y una sed de la salvacion de las almas, que le movió á arrostrar la muerte casi todos los dias de su vida, y solo quedó satisfecha con la total efusion de su sangre, siendo ésta su mas preciosa recompensa.

Con estas virtudes y talentos enteramente divinos, con el espíritu de consejo, un discernimiento esquisito, sus devotas palabras y una persuasion irresistible, no es de admirar que convirtiese mas de veinte mil idólatras en la mision de Maduré propiamente tal. En el Márava, comprendido comunmente bajo el mismo nombre, como tambien en los reinos de Tanjaour, Gingi y Maissour, confirió el bautismo á ocho mil catecúmenos en el espacio de quince dias. Seria interminable la relacion individual de los demás triunfos que consiguió, especialmente en la mision de Maissour, que fue toda obra suya.

En ella fue preso muchos años antes de morir, y aherrojado en un calabozo, donde le hirieron repetidas veces con varas y con cadenas de hierro, y le hicieron sufrir el tormento del agua, es decir, que

atándole al extremo de una cuerda, le precipitaron muchas veces seguidas en un estanque, donde le detenian cada vez hasta que estaba próximo á ahogarse. Su constancia fue inalterable, aunque le tentaban sin cesar con las promesas mas lisongeras, y al contrario le amenazaban con el último suplicio; á lo que respondia con estas palabras: „¿Cuándo tendré la felicidad de sacrificarme enteramente por mi Dios?“ Pero lo que parece increíble y no es menos constante, es que seis neófitos que le acompañaban y participaban de sus tormentos, por una fuerza sobrenatural en el carácter de los indios, manifestaron un valor tan extraordinario, que sus compatriotas idólatras, arrebatados de admiracion, no cesaban de gritar que unos hombres tan generosamente adictos á su religion no merecian la muerte. En efecto, cedió el tirano á los gritos de la multitud, y aquellos confesores fueron puestos en libertad con general aplauso. Solo quedaron afligidos los que se libraron de la muerte.

48. Algunos años despues, un Príncipe llamado Teriadevén, heredero legítimo de los antiguos Sobranos de Márava, y reducido por una de aquellas revoluciones que son tan comunes en la India, á la clase de gobernador de una provincia del reino, hizo muchas instancias al padre Britto para que pasase á verle. Este Príncipe acababa de ser curado repentinamente de una enfermedad mortal, por medio de un catequista que le habia rezado los Evangelios; y quería oír al predicador de una religion tan maravillosa.

Conoció el varon apostólico las grandes ventajas que podian resultar de semejante vista, y cedió á las instancias del Príncipe. Celebró en su presencia la fiesta de la Epifanía, en medio de un numeroso concurso de fieles que habian acudido de todas aquellas comarcas, y administró el bautismo á doscientos catecúmenos. Conmovido el Príncipe con la magestad de las ceremonias, con las patéticas exhortaciones del pastor y con la devocion de los neófitos, pidió al momento que se le admitiese en el número de éstos. Pero tenia Teriadevén cinco mugeres, además de las concubinas. „Sin duda ignorais, Príncipe (le dijo el misionero), cual es la pureza de vida que pide la santidad del cristianismo. Se manda á los cristianos que tengan una sola muger, y vos teneis muchas.“ „¿No hay mas inconveniente que ese? (replicó el Príncipe). Pues pronto cesará.“ Llamo al instante á todas sus mugeres, elige una por única esposa, declara á las demás que debe la vida al Dios de los cristianos: que en agradecimiento le ha consagrado el resto de sus dias: que quiere observar todas sus leyes, y no tener mas que una sola muger, pero que cuidará con esmero de todas ellas, y las tratará como á hermanas. En vista de un sacrificio de esta naturaleza, no habia que dudar de sus disposiciones para el bautismo, el que recibió en efecto luego que estuvo suficientemente instruido. Le honró en todos tiempos con obras dignas de un cristiano, y con una magnanimidad en confesar la fe, correspondiente al modo con que la habia abrazado.

49. Pero la mas jóven de sus mugeres y la mas ofendida del divorcio, despues de haberse valido inútilmente de las lágrimas y de todo género de artificios para disuadir al Príncipe de sus buenos propósitos, convirtió todo su furor contra el varon apostólico á quien atribuia su repudio. Era sobrina del usurpador que ocupaba el trono de Márava, y le inspiró el resentimiento de que estaba animada contra el santo misionero, representándosele como el mago mas detestable del oriente. Fue preso con un bracman convertido, llamado Juan, con el catequista Mutapen, y con dos cristianos tan jóvenes, que el de mas edad no llegaba á catorce años. Léjos de huir á vista de las brutalidades que se cometian contra el pastor, corrieron estos niños heróicos á abrazar al santo que estaba cargado de cadenas, y fue imposible separarlos de él. Viendo los satélites que eran inútiles sus golpes y amenazas, amarraron por último á aquellas víctimas inocentes, y las asociaron al martirio de su maestro.

Pasamos en silencio los muchos ultrages y barbaries que precedieron al golpe mortal, y fueron incomparablemente mas difíciles de sufrir; pero no debe callarse el celo generoso que manifestó en esta ocasion el Príncipe Teriadevén. Luego que supo la crueldad con que era tratado el padre Britto, pasó á la córte para salvarle la vida. No solo se mostró inexorable el Príncipe reinante, sino que irritado contra el ilustre solicitador, le echó en cara que sostenia la secta abominable de un infame estrangero, y le mandó

que adorase inmediatamente unos ídolos que habia allí. „No permita Dios (replicó Teriadevén) que me haga yo reo. de una impiedad y de una ingratitud tan monstruosa. Jamás haré traicion por unos ídolos vanos, al Dios que me sacó de las puertas de la muerte.” Enfurecióse el tirano, pero no le convenia cometer ningun atentado contra la persona de Teriadevén, porque además de que á éste le correspondia verdaderamente la corona, estaban á su favor muchos grandes y la mas sana parte del pueblo.

El usurpador convirtió todo su resentimiento contra el santo misionero; y para no esponerse á que se le escapase la presa, mandó que le matasen inmediatamente á balazos: pero estando ya los soldados prontos á disparar, se puso entre ellos Teriadevén, quejándose de un procedimiento tan tiránico, y protestó que mas bien queria morir él que permitir la muerte de su santo maestro. El usurpador advirtió alguna fermentacion entre las tropas, y temió una rebelion declarada. Por tanto tuvo que tragar tambien esta afrenta, y revocar en la aparienciã la orden que habia dado; pero en aquel mismo dia hizo que se llevasen secretamente al padre con buena escolta, y con orden de conducirle al reino de Tanjour, que distaba dos jornadas, donde debian matarle al momento. Mandaba en aquella frontera el hermano del tirano, que le escedia en inhumanidad, y mostró que era digno de esta comision. Antes del martirio, sufrió el confesor mil indignidades mas intolerables que la muerte.